

CAPITULO XVIII.

Nuestra vida á bordo del vapor Cuba. —Orden que se observaba en él.
—Se refieren algunas prácticas y costumbres. La puesta del sol y crepúsculo de la tarde. Contenido de la cartera encontrada en el cementerio. Continúa la relacion del viaje á bordo del vapor.

Nuestra vida á bordo del Cuba, durante los 12 dias que duró la navegacion, fué poco mas ó menos igual á la que habiamos observado en las travesías anteriores: jamas asistiamos al comedor, y mediante una buena gala, la comida nos era servida por la Stuart en nuestros camarotes, donde éramos asistidas con todo el esmero y cuidado posibles.

En las mañanas, á la caída de la tarde, y aun en la noche, subiamos sobre cubierta, y allí estábamos en sociedad con los compañeros de viaje, y aceptando la invitacion de algunos nos tomábamos

de su brazo y comenzábamos á pasear en grata conversacion á lo largo del vapor, respirando el aire fresco y benéfico del mar.

El mareo se hacia sentir con fuerza en nosotras mas que en la navegacion anterior, y durante los primeros dias fué tal nuestro malestar, que nos vimos obligadas á no salir de nuestros camarotes, y á pasar en la cama la mayor parte del tiempo.

Al fin, haciéndo un esfuerzo, nos fuimos dominando poco á poco, y algunos dias despues ya nos encontrábamos bien, cuanto es posible estarlo en el mar: entonces fué cuando pudimos distribuir nuestro tiempo, de manera que la navegacion se nos hiciera menos larga y fastidiosa.

Entre los pasajeros que iban á bordo encontramos despues algunos españoles, con quienes particularmente estrechamos nuestra amistad. Es en extremo grato oir en el extrajero nuestro idioma, de modo que el corazon no puede reprimir ciertos movimientos de inmenso regocijo, cuando fuera de la patria se escucha el idioma natal.

Tambien iban en nuestra compañía algunos portugueses, y aunque no sabiamos su idioma, nos era fácil entenderlo por la semejanza que tiene con el nuestro; y cuando se tiene la ventaja

de hablar otros idiomas, como el italiano y el rancés, se entiende mucho mejor.

Para este viaje nos habíamos preparado mas aun que para los otros, compramos en Nueva York algunas historietas interesantes que nos entretuviesen algunas horas, ibamos igualmente provistas de sedas, estambres, dibujos, etc., etc. para pasar mas entretenidas el tiempo con algunas labores.

Nos levantábamos regularmente á las siete, subíamos luego sobre cubierta en compañía de nuestros buenos padres despues de habernos desayunado; permaneciamos arriba leyendo hasta las diez, hora en que tomábamos segun nuestra antigua construmbre algo, que quitase el disgusto que nos causaban los alimentos del buque.

A las once nos recostabamos un rato, cosa que por cierto no es muy bueno hacer en los buques, porque en vez de aliviar, no sirve sino para descomponer mas el estómago, y para producir despues mas fastidio y mal humor.

A la una nos dirijíamos al salon de conversacion con nuestra labor en la mano, pero rarísima vez nos ocupábamos de ella, porque el trabajo cansa y fastidia en una navegacion, y es muy difícil que se pueda uno entregar á él, mas bien empleábamos el resto del dia en conversar con

nuestras compañeras de viaje, y en jugar con ellas, lo que nos servia tambien de distraccion empleando algunas horas del dia; otras veces oiamos leer alguna cosa, ó bien leiamos nosotras en particular.

A las cinco tenia lugar la comida, que preferiamos nos la llevasen á nuestros camarotes, ó al salon de conversacion, por el disgusto que nos causaba el olor ó vista del comedor, y de muchos de los platos con que cubrian la mesa; pero esto no fué duradero y nos pasó pronto, como en breve sabrán nuestros lectores.

Despues de comer subiamos de nuevo á la cubierta del buque donde no era muy riguroso el frio, y permaneciamos allí hasta cerca de las nueve de la noche, hora en que se tocaba á silencio y teníamos todos que recojernos en nuestros camarotes, donde á las diez en punto vienen los sirvientes á apagar la luz; mas ántes de pasar adelante, referiremos lo que ha un momento ofrecimos á nuestros lectores.

Una noche que teniamos mejor humor que de ordinario, seria como el octavo dia de la navegacion, nos pusimos á hablar de nuestra patria querida, y entre los muchos recuerdos que de ella haciamos, fué uno el de sus canciones populares; para hacer mas vivo el recuerdo comenzamos á

cantar algunas de estas canciones, empleando en esto casi una hora: sonaron las nueve y callamos, despidiéndonos de los amigos que nos acompañaban, y entramos á recojernos.

Al siguiente dia, el mozo nos sirvió nuestro desayuno; pero á las once, hora en que la stuart tenia la costumbre de traernos nuestros buenos platos de desert, no apareció, juzgando que quizás estaria muy ocupada, la esperamos un rato; las diez y media dirieron y no venia, entonces nos comenzamos á molestar, y enviamos á uno de los sirvientes que nos la llamase, así lo hizo y al aparecer la preguntamos ¿por qué no nos habia traído como de costumbre nuestro plato de desert? nos quedó contemplando con una fija extraña, y despues de vernos así un breve rato nos dijo, que las niñas debian subir al comedor á tomar su alimento; que como en dias pasados le habiamos dicho que estábamos enfermas, no habia tenido inconveniente en servirnos la comida en nuestras piezas, pero que la noche anterior nos habia escuchado cantar mas de una hora, y esto le habia probado claramente que no solo no estábamos enfermas, sino muy buenas, porque el malestar se opone completamente á la diversion que nos habiamos proporcionado, y que habiendo tenido la satisfaccion de ver que estábamos

ya completamente bien, tenia igualmente que advertirnos la obligacion de subir al comedor.

Mucho hicimos por convencerla de que no estábamos bien, y que en aquel momento tan solo nos habiamos sentido mejor, y por eso nos proporcionamos aquella distraccion; mas fué todo inútil, madama estaba verdaderamente furiosa; creia sin duda que para darle una cólera, ó para burlarnos de ella nos habiamos puesto á cantar la noche anterior, y no quiso ni acabar de oir nuestras excusas, sino que se alejó diciendo, "*Young ladies up stairs.*"

El caracter de los ingleses es caprichudo y poco complaciente, madama quedó seria con nosotros, no volvió por supuesto á traernos nada, y nos fué preciso el resto de la navegacion subir al comedor, si bien es cierto que, como ya nos sentíamos bien, no tuvimos la repugnancia que al principio, y comprendimos que siempre es mejor ir personalmente á la mesa, que no esperar, á ser servidas, porque así se escoje entre la multitud de platos que sirven, los que son mas del gusto, y puede uno á discrecion repetir, ó dejar los que desagradan, mientras que esperando en el camarote ó en el salon, se ve uno precisado á tomar algunas cosas frias, á privarse de algo que mas le agrada, porque es imposible que lo sirvan

488

todo, y con el esmero con que se hace en una mesa.

Fueron cuatro los dias que tuvimos que subir al comedor, mas dos despues de pasada la escena que ántes referimos, la stuart temerosa sin duda de perder la gratificacion, que al fin de la navegacion dan los pasajeros á los sirvientes que los han servido bien, se propuso reparar el mal que habia hecho, dándonos mil satisfacciones, y ofreciéndose para traernos de nuevo la comida á nuestros camarotes, mas nosotras, que habiamos comprendido ya la ventaja de ir al comedor, y que nos sentiamos ya bien, no aceptamos sus ofertas y seguimos como de costumbre subiendo.

Una de las cosas, que llamó nuestra atencion durante esta travesia, fué la severidad de las costrumbres inglesas, allí jamás un caballero pisaba el salon de las señoras, aun cuando él fuese nuestro padre ó nuestro hermano, jamás uno de ellos fumaba ante una señora, y tan solo sobre cubierta ó en los salones de juego era donde podiamos estar todos reunidos.

El domingo, el capitan y la mayor parte de los pasajeros ocupaban el comedor, y allí el primero leia en voz alta la Biblia, y así santificaban la mayor parte del dia. Nosotras en union de los pocos católicos que allí habiamos, veíamos todo

4

489

esto, admirando la observancia de aquellas gentes en los puntos de su religion, y compadeciéndolos tambien, por no prefesar la que para nosotras tenia tanta importancia y atractivo, y sostenia toda nuestra esperanza, sirviéndonos de consuelo por ser la única verdadera, la religion sublime del crucificado.

Los domingos para los protestantes son dias enteramente dedicados al recojimiento y al retiro, y aun viajando observan en cuanto pueden esta ley para ellos tan rigurosamente guardada siempre.

Como en el Manhatan, la mayor parte de los pasajeros éramos católicos, no pudimos observar esta costumbre, que tanto llamó nuestra atencion á bordo del Cuba.

Recordando lo grato que nos habia sido contemplar en alta mar el crepúsculo de la mañana, quisimos procurarnos los únicos goces que nos proporcionaba el Océano, y nos propusimos disfrutar del crepúsculo de la tarde, mirando tambien el ocaso del sol, y no perdiendo uno solo de los encantos que esto debia proporcionarnos.

La tarde estaba deliciosa, y los mas risueños celages se ofrecian á nuestra vista, embellecidos por las alucinaciones de nuestra imaginacion.

Las vaporosas nubes, robando al íris sus colo-

aloriz

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. I.

agosto

res, y tomando los mas deliciosos tintes, y las mas caprichosas y seductoras formas se ostentaban en el firmamento, formando los cuadros mas sublimes y encantadores, que deleitaban la vista y hablaban al corazon.

Extaciadas ante tan bello panorama, dirijimos la mirada hácia el Norte, y prestando nuestra imaginacion vida á aquellos grupos caprichosos, nos hacia descubrir en ellos cuadros vivos, y escenas verdaderamente poéticas en ese punto; parecíanos ver airoso é imponente un volcan, de cuyo cráter en aquel instante se desprendian las mas vivas llamas, corriendo por sus faldas el fuego y la lava, que el sol iluminaba de lleno pres-tándole el mas hermoso colorido.

Si dirijámos la mirada hácia el Sur, se nos presentaba una hermosa joven recostada graciosamente sobre una vaporosa nube, debajo de un arco de bellos colores, que vagaba dulcemente en el espacio, repentinamente encontrábase con un dragon infernal, que segun parecia venia dispuesto á devorarla, se entablaba entonces una corta lucha entre ellos, pero terrible y encarnizada; pronto sin embargo vimos que el dragon lograba su fatal objeto, y la hermosa jóven y el lecho desaparecian, mas el dragon tambien perdia su

91

agosto

forma, y la reunion del todo se constituia en un suntuoso castillo,

Apartemos ahora nuestros ojos del Sur, para fijarlos en el Oriente que nos presenta un cuadro sombrío é imponente: vimos un bosque cubierto por espesos y elevados árboles, y alumbrado por la argentina luz de la luna, á cuya poética claridad puede distinguirse un cazador corriendo tras un ciervo, por otro lado un grupo de pastores comiendo alegremente al abrigo de un árbol secular; algo mas léjos pasía, corria y retosaba, el ganado que éstos cuidaban, de repente el velo de las tinieblas que estaba suspenso aun comenzó á recojerse por este lado, presentándonos entonces en el firmamento un cuadro tan seductor, que arrebató nuestras miradas.

Nos volvimos hácia el Occidente y permanecimos largo rato extáticas, fijas en el astro refulgente del dia, del que todos los otros astros reciben la luz; ¡el rey y soberano de todos ellos! que se inclinaba hácia las entrañas ó fondo de las aguas, y su forma era la de una bola de fuego.

Sus rayos formábanle como una aureola de oro, y al venir á confundirse con las blancas nubes, formaban los mas seductores celages; ya se veia un tranquilo lago, cuyas dulces ondulaciones eran apenas perceptibles; más léjos un buque

cibano

con sus velas desplegadas vagando suavemente por el hermoso lago; á sus lados descubríamos algunos edificios dispersos.

Al encontrarse los postreros rayos del sol con este bello cuadro, formaban como una lluvia de fuego, que uniéndose á las aguas del tranquilo lago, sumerjía al buque en su tránsito!.....

En la contemplacion de este triste naufragio, nos encontramos, cuando se estendieron las sombras de la noche, y ocultándose el sol en el seno de las aguas, solo dejó una columna de fuego como huella de su paso!.....

Cuando los agonizantes rayos del sol espiraron en el horizonte borrándose sus últimos reflejos, nuestra vista se volvió hácia el lago, mas el denso velo de las tieblas lo cubria ya todo, y nos impidió ver la suerte que les habia cabido á los desdichados náufragos!....

Pronto otro espectáculo celestial nos consoló de esta pérdida.

El esmaltado manto de la noche se estendia sobre el azul del cielo, millares de estrellas fijas y refulgentes brillaban en el firmamento; el astro de la noche, con suave y cadencioso paso comenzó á avanzar dulcemente por el espacio. La luna hallábase en llena, y ante su disco refulgente las nubes se abrian para franquearle el paso!....

Como una orgullosa reina rodeada por las estrellas, que parecian formar su corte, (á pesar de ser tan superiores á ella,) nos dejaba ver unas veces su risueño semblante radiante de luz, y otras veces permitia que las nubes la cubrieran con su trasparente velo, para hacernos gozar despues de su dulce aparicion!....

Magestuosa como una sultana, acompañada por su favorita Vénus, se paseaba en el azul del cielo, arrojando hasta nosotros su poética y argentina luz, como una ancha cinta de plata, que seguia graciosamente las dulces ondulaciones de la mar!....

¡Oh, cuan bello era este celestial panorama que se reflejaba sobre el cristal de las aguas!....

Extaciadas en la contemplacion de cuadros tan seductores y fantásticos, bendecíamos la mano Omnipotente, que habia formado en sus obras tantas maravillas, que tanto honraban á su divino Autor!....

Eran las ocho de la noche, cuando la voz de varias personas que venian á buscarnos nos arrebató de nuestra contemplacion, obligándonos á salir de nuestra profunda meditacion, y á volver á la realidad de la vida.

Habiamos pasado sin sentirlo mas de tres horas arrobadas ante las grandezas de la naturale-